

la Iglesia, y el Sr. Provisor en lo de su resorte, dictaron las providencias conducentes.

Entretanto el Palacio Episcopal se preparó con la mayor decencia, entapizándose desde la puerta de la calle hasta la cama de S. S. Illma. todo el tránsito que habia de hacer su Divina Magestad, y se adornaron las calles por donde habia de pasar la procesion.

A las diez y media de la mañana se hizo seña en la Catedral, dándose quince golpes con la campana mayor, terminados con un repique á vuelo, y se repitió lo mismo á los tres cuartos, y poco ántes de las once, todo á fin de dar á este acto respetable y divino toda la pompa que demandaban al mismo tiempo la alta dignidad del paciente, la magestad de la religion y la edificacion del pueblo.

El viático de un Obispo ha sido siempre uno de los actos mas solemnes y augustos de la religion: su pompa en los paises católicos, y mui principalmente en la nacion mejicana, siempre ha tocado á la mas alta magnificencia; y es de suponerse que cuanto de mas respetable y de mas ilustre presentaba esta Capital así en el estado civil como en el religioso, concurrió á dar á esta ceremonia sagrada un esplendor y una grandeza de primer orden. Todo parecia dispuesto con mucha anticipacion, y el esmero y cultura que siempre ha distinguido á los morelianos para celebrar las grandes solemnidades de la Iglesia, parecian entónces haberse excedido á sí mismos. Salió la procesion de la Catedral á las once de la mañana, formando en ella contraste el profundo recogimiento de todo el religioso concurso con los repiques á vuelo y los conciertos sagrados que anunciaban el tránsito del Dios vivo. Los cuerpos respetables de la Iglesia, las personas

mas caracterizadas del Estado, todo lo mas distinguido de este vecindario, incorporado bajo las masas del M. I. Ayuntamiento, los colegios Seminario, San Nicolas de Hidalgo y el de Infantes, constituian el fondo de la augusta comitiva: al cabo de ella se dejaba ver la primera Dignidad del Coro de esta Santa Iglesia, el Sr. Dean Doctor D. Joaquin Mariano Moreno, portando en sus manos la sagrada Eucaristía. Inmediatamente detras del palio, venia la magnífica estufa de primera clase, que entónces se estrenó, y por último, un concurso inmenso de pueblo cercaba por todas partes á la procesion.

Todo el tiempo que duró esta en la calle se repicaba en los templos de la ciudad, y á estos repiques sucedió la plegaria de costumbre en la Catedral cuando el Santísimo entró á las puertas de Palacio. Edificante á la par que tierno, doloroso y al mismo tiempo respetable fué para todos aquel acto sagrado. Pero lo que hai de característico, lo que debe referirse aquí es el movimiento de los afectos hácia la persona del Illmo. Sr. Portugal. Era singular por cierto la consternacion, la inquietud, la alarma, la impaciente agitacion que se manifestaba en los habitantes de esta noble ciudad, sobre todo en aquellos á quienes una caridad constante habia estrechado mas íntimamente con un pastor tan liberal, tan humano y tan benéfico. ¡Ah! la familia inmensa de Jesucristo, las viudas, los huérfanos, los ancianos inútiles y achacosos, los miserables á quienes falta el pan, el infortunio en sus tristes ramificaciones, la doliente humanidad, los desgraciados en fin, al anunciarse con toda la magestad del cristianismo la visita de Jesucristo al Pontífice de esta Santa Iglesia, cual si hubiesen escuchado los últimos adioses pronunciados á sus esperanzas, vieron aparecer una verdadera crisis, que ponía en



riesgo el único elemento de subsistencia con que contaban, á la par que mui profundamente conmovia su ternura filial inspirada por reconocimiento.

Entretanto, se aproximaba la hora en que el Señor, penetrando en el modesto albergue de nuestro Prelado, iba á impartirle con el alimento precioso de su cuerpo la sagrada vianda que robustece al hombre para atravesar sin peligro la misteriosa ruta de la eternidad. El Illmo. Sr. Obispo se habia hecho admirar de continuo por su grandeza de alma, y atraia irresistiblemente las respetuosas miradas hácia su persona, revestida siempre de la expresion augusta de la fe; mas en aquel acto, cuando en una protesta santa iba, digámoslo así, á recapitular sus recuerdos, sus sentimientos y su creencia, en aquel acto en que el hombre dice una palabra, mas una palabra profunda y altamente significativa, á Dios, á su prójimo y á sí mismo, para disponerse al juicio en que han de ser pesadas todas sus acciones en la balanza de la eternidad, en ese acto, repetimos, el Pontífice de esta Iglesia se mostró mas grande que nunca. Manifestábanse en el reposado y digno continente de su persona el silencio de los enemigos del alma, la presencia de Dios y la paz de una conciencia pura. Bien conocimos los concurrentes, que en aquel instante supremo la religion poseia exclusivamente todo su ser. Mostrábase en su fisonomía, tierna y gravemente animada, el Pontífice y el Pastor en inmediato contacto con Dios y con su grei: él mismo leyó la protesta de la fe, como si quisiese dirigir la última alocucion á su pueblo, anunciando una partida, como Jesucristo en el cenáculo, en la cual debiamos ver nosotros, como los apóstoles entónces, ménos un despedimento que un anuncio, ménos un último adios, que una cita para el cielo.

Concluido el sagrado Viático, tuvo lugar en Palacio una escena de ternura, de amor y edificacion, que arrancó lágrimas á todos: aquel Prelado en cuya grande alma se manifestaba constantemente una alta discreccion, aquel Pontífice que hasta entónces no habia querido pensar en otra cosa que en sus relaciones inmediatas con Dios; cuando ya le tenia en su pecho, cuando habia pasado la santa reciprocidad de las gracias que recibia y que tributaba, cual si bajara sus ojos del cielo para volver una última mirada sobre la tierra, se hizo rodear de su numerosa familia, y con aquella tierna y santa gravedad que le era tan propia, la dió su paternal bendicion en medio de las exhortaciones mas respetables, para que permaneciesen todos en el santo temor de Dios.

Concluida en Catedral la funcion, se reunió de nuevo el V. Cabildo para el nombramiento de comisarios y otros dos sacerdotes que estuviesen prontos en la debida asistencia al Illmo. Prelado, recayendo la eleccion para lo primero en los Señores Canónigo Lic. D. Pelagio A. de Lavastida Promotor Fiscal y Juez de Testamentos, Capellánías y Obras pias, y Prebendado Lic. D. José María Arízaga Secretario de Cámara y Gobierno de S. S. Illma., y para lo segundo en los Presbíteros D. Mariano Amescua primer Maestro de ceremonias de esta Santa Iglesia, y D. Mariano Escandon Capellan de Coro.

Ya desde el dia 18 del propio mes, en que se presentó la enfermedad del Illmo. Prelado con síntomas mui alarmantes, los Señores Gobernadores de la Diócesis habian mandado espedir una circular, que salió en el mismo dia, á todas las parroquias del Obispado, participando la gravedad en que se hallaba el Prelado, y disponiendo que á la posible brevedad se celebrase en cada parroquia una



Misa de rogacion, cantada ó rezada, segun se pudiese, por la interesantísima salud de S. S. Illma.; que á las doce y á las oraciones se tocase plegaria en todas las Iglesias, y que despues de la oracion que se estaba dando en las Misas *pro Papa* cuando la fiesta no era de primera ó segunda clase, se añadiese la de la Misa *pro infirmis* por S. S. Illma., usada en singular. No fué por lo mismo necesario dictar otra providencia despues del sagrado Viático, dirigida á interesar la piedad y gratitud de los fieles, para que esforzasen sus súplicas al Todopoderoso en favor de una vida tan preciosa para la Iglesia, para la República y especialmente para la Diócesis. Las comunidades religiosas de ambos sexos, los eclesiásticos, los seculares y hasta los niños, ofrecian á Dios sus votos y oraciones, pidiendo la vida y salud de un Prelado, cuya proteccion habian experimentado millares de veces en toda clase de circunstancias. Fuera de las rogaciones que se hacian diariamente en la Iglesia Catedral, veianse los mas dias celebrar Misas de rogacion en diversos templos, unas veces con solemnidad, otras sin ella, espensadas en sus limosnas ó gastos, unas por los particulares, otras por corporaciones, ó por algun número de personas que se reunian al efecto, y las mas veces sin costo ninguno, porque todo dependia de las personas que intervenian. A veces la sola circunstancia de conservarse aun tan respetable y eminente Prelado durante algunos dias, hacia renacer las esperanzas de un verdadero alivio, y estas esperanzas reanimadas daban un incremento siempre progresivo á los nobles y tiernos impulsos de la piedad conmovida. Cada uno miraba como el primero y mas dulce de sus deberes clamar á Dios por la salud de su Obispo: los fieles prevenian los desos de las autoridades eclesiásticas; y es-

tas procuraban ántes moderar que persuadir tan fervorosas y santas austeridades. ¡Tal era la disposicion de los fieles en favor de su insigne Pastor, y tales las súplicas que se hacian á Dios continuamente para que le conservase la vida!

Entretanto la gravedad, que progresaba incesantemente, sin embargo de algunos alivios fugitivos, que mas parecian treguas concedidas por Dios á la flaqueza humana, retiró de todos nosotros hasta la última esperanza, presentándole á nuestros ojos con todos los caracteres de un moribundo. Administrósele pues la sagrada Extrema-Union por el Presbítero D. Mariano Amescua, su confesor y capellan de mayor confianza: se le aplicaron en seguida la indulgencia del Sr. Benedicto XIV, así como tambien las de todos los órdenes regulares establecidos en esta ciudad, hasta que por fin el *dia 4 de Abril de 1850*, despues de una breve agonía mui pacífica, y asistido de sacerdotes seculares y regulares, que en mui considerable número se habian quedado aquella noche en el Palacio, *falleció S. S. ILLMA., á la una y cincuenta minutos de la mañana*, á los sesenta y seis años, ocho meses y veinte y siete dias de su edad, y á los diez y nueve de su ilustre, grande y respetabilísimo pontificado.

Singular fué la sensacion que esta muerte causó en el ánimo de todos los circunstantes: porque á pesar del sentimiento profundo que debia producir en la naturaleza el fallecimiento de un Obispo tan amado, y con quien nos habian unido á cuantos ahí estábamos los vínculos mas estrechos, las mas gratas conexiones, pareció prevalecer sobre el dolor un sobrecogimiento de respeto, de admiracion y de piedad que parecia el homenaje irresistible que atrae la muerte del justo, y las primeras flores que la religion coloca



sobre el sepulcro de los escogidos. Venerando como era debido los arcanos de la eternidad, pudimos entrever, digámoslo así, el esplendor de la gloria por entre las sombras de la muerte. Nuestra memoria pareció recoger momentáneamente tantos y tantos rasgos de alta virtud como habíamos admirado en su vida: nuestra imaginación parecía que, animando aquel cadáver, nos mostraba al ILLMO. SR. PORTUGAL en el curso laborioso de sus tareas apostólicas. Aquellos labios que acababan de cerrarse para siempre, se habían abierto muchas veces ó delante de las turbas para sosegar el ímpetu de las pasiones políticas, ó en el pueblo de los sencillos y pequeños, para evangelizarlos en el nombre de Jesucristo. De ellos se desprendían con harta frecuencia muy sublimes discursos aun en el seno de la conversacion privada. Recordábamos que para aquel digno discípulo de los Gerónimos y de los Ambrosios, se disipaban las sombras de la muerte ante las páginas de los libros santos, y el sepulcro perdía sus alarmas ante las augustas y consoladoras promesas de la religion católica. Innumerables veces le habíamos escuchado: una larga carrera de desengaños y dolores le habia hecho familiar el pensamiento de la muerte. Experimentaba cierta especie de complacencia en discurrir delante de nosotros sobre este último desenlace de la escena de la vida humana; y no parece sino que habia descubierto el antídoto para calmar sus dolencias con solo hablar de la eternidad inspirado por la religion.

Todo correspondió á estos preparativos. Escrito está, que la muerte será como la vida: natural era pues que muriera en el ósculo del Dios de la paz quien habia vivido en la constante abnegacion, sosteniendo con el heroismo de la fe la empeñada y tremenda lucha que suscitan contra

ella los enemigos de nuestras almas. La paz interior de la suya progresaba de continuo á medida que se acercaba su muerte. Su semblante era apacible; suave y al mismo tiempo grave era su recogimiento, dulce la expresion de sus miradas, reposada su agonía, edificante y consolador su tránsito á la eternidad. Pagando el tributo debido á la naturaleza consternada, sentimos todos los concurrentes el consuelo que produce la religion con la muerte de los justos.

Entretanto, los Señores Comisionados, atentos á llenar su triste deber, cumpliendo del modo mas exacto con todas las ritualidades prescritas para el caso, mandaron que el cuerpo del ILLMO. SR. PORTUGAL fuese reconocido por el médico. Lo verificó así el Sr. Dr. D. Juan Macoussel con todo el esmero, delicadeza y escrupulosidad que podian apetecerse; y habiendo asegurado estar verdaderamente muerto, resolvieron aquellos señores hacer anunciar al público el fallecimiento de su dignísimo Prelado, para que se procediese luego al toque de *Vacante*.

Cerca de las tres de la mañana, despues de haberse dado el último toque de agonía, como los anteriores, con quince golpes pausados con la campana mayor y dos ruedas de plegaria, se dió con todas las esquilas un solemne clamor, que correspondido por todos los demas templos, avisó á los vecinos que sus ruegos y oraciones desde aquella hora debian convertirse en sufragios por el descanso eterno del alma de su PASTOR. Comenzó luego á tocarse la *Vacante*, que por antigua costumbre de esta Santa Iglesia es de cien campanadas, y dió principio el luto tan temido de esta inconsolable y numerosa grei.

No es para explicado y descrito, sino mas bien para visto y sentido, el efecto que produjo la triste y dolorosa nueva en todos los habitantes de esta ciudad. Nada es compa-